

con la suma de temperamento que posee, dedicación, estudio, rigurosidad, y su estilo, eliminando lo negativo, ganará mucho.
ALDO TORRES PÚA.



<https://doi.org/10.29393/At245-179NIAT10179>

LA NOVELA INTERRUMPIDA, novela de Humberto Salvador. Editorial Quito, Ecuador.

El conocimiento de «Camarada» nos confirmaría, desde luego, que en Humberto Salvador, no obstante las nobles inquietudes que le angustian, hay un alto espíritu de responsabilidad, un decidido militante. Obra exaltada, impresionista, esquemática y fragmentaria, evidencia a su autor como iluminado por la fulgurante aureola del oficio. Bajo la reverberación lírica de su estilo, desgarrado, a veces, por un naturalismo de tonalidad sensual exasperante, alienta, sin embargo, el honrado buscador de nuevos cánones estéticos, el sujeto leal con su época, el fervoroso divulgador de ideas fuertes, pero generosas. Nos dice, por ejemplo, entre tantas otras cosas semejantes: «Sólo podemos comprender al hombre a través del fenómeno sexual. Sólo comprenderemos a la sociedad interpretando su evolución por el fenómeno económico». Marx y Freud serán los guías estelares de este periplo novelesco.

Reputamos indispensable la lectura de «Camarada», no diremos para proceder al estudio de la obra del autor, ello sería pleonástico, sino, y es lo importante, para entrar en el análisis profundo de la más contemporánea novelística hispanoamericana. Se trata, en verdad, de un valioso antecedente. Mas, aquí, nuestra misión no es otra que la de registrar algunas de las observaciones derivadas de una lectura, lo más atenta posible, de esta novela de Humberto Salvador, curiosamente titulada, «La novela interrumpida».

Un género literario no admite el estrecho coturno de las definiciones. Si, en un porfiado afán de fijar acotaciones mentales, nos desentendiésemos de la realidad en mudanza múltiple y eterna, el resultado correspondería, exactamente, a la índole de las premisas. Ahora bien: Llegado el caso de remitirnos, en cambio, a una unidad, a un caso particular o específico, la tarea, aun cuando nos pareciera demasiado simple, aumentaría en suma de dificultades. Tampoco habríamos avanzado mucho. Es que la novela se define por sí misma.

La novela—repetimos—se define por sí misma y hay tantas novelas como novelistas. Constituye un mundo aparte, una creación, un documento. Refleja la vida, no tanto porque a su elaboración concurren elementos que la propia vida proporciona, menos porque sea, al fin, ejecutoria de un ser humano. Afecta los caracteres distintivos de la vida, antes que nada, porque es la huella, el molde, el cauce, de aquellas fuerzas que dan aliento, forma y perdurabilidad a la vida misma. Se parece a la vida porque, espontánea o compulsoriamente—calificaciones que no contarían en proyección a una perspectiva inmensa—en la naturaleza todo tiende a aligerarse, a un orden superior, a una cabal definición autónoma. Contribuir a la substanciación, progresiva y culminante, de ese proceso, es tarea del arte tanto como de la ciencia. No importa que ésta y aquél parezcan ir, hoy en día, por rutas diferentes, antagónicas o privadas. Ya se confundirán en un punto, dado, tal vez, en el infinito, donde y cuando no quepan ya clasificaciones de mezquindad, de convencionalismos, de artificio. Por lo pronto, convenbamos en que el arte y la ciencia sean medios de la Naturaleza y, comprendiendo a lo grande dentro de lo más grande, a la humanidad dentro de ella, sea la ecuación novela-novelistas, vice-versa si queréis, su herramienta de ponderación más efectiva.

El arte sirve y debe servir siempre las aspiraciones últimas del ser humano, Una meditación independiente pondría, con

facilidad, a quien se demostrara adverso, de parte del principio entrañado en las palabras anteriores. Nosotros estamos en completo acuerdo. La divergencia podría surgir frente a los procedimientos. Lo accesorio está bien que se discuta, pero lo esencial permanece. Es alrededor del apotegma antedicho que vemos girar, y no a ciegas, por cierto, al notable escritor de que nos ocupamos. Polarizamos nuestra opinión en «Camarada» y «La novela interrumpida». Ambas novelas proclaman el concepto no utilitario, funcional, que el autor posee del arte. En la primera, le vemos sometido a consignas, subordinado a intereses inmediatos, rendido a la romántica hechicería del rostro de lo transitorio. La segunda encarna lo apuesto. Es como si el autor arribara a un claro remanso de paz, término a una jornada de fantásticas aventuras. La fiebre y el acento de prédica se han transformado en un desarrollo sereno, discursivo y sistemático. Observa, selecciona y expone. Traza el drama nada trágico, antes grotesco, de una familia de abolengos, venida muy a menos, que sueña con volver al paraíso perdido de la aristocracia. Dice la balada picaresca de una mujer que no cejará en la persecución del verdadero amor, entrevisto apenas, al través de un matrimonio de conveniencia o de experiencias extraconyugales, tan dulces como amargas. Son los dos asuntos de preferencia en las páginas bien logradas de «La novela interrumpida», a cuya vera se distribuyen, inteligentemente, personajes, sucesos y problemas del momento.

Hay densidad en esta novela. Ellá es como un friso de historia social, en el que tiempo, espacio y almas se compadecen a maravilla. Ya no es el autor el que maneja, a su talante, los complicados hilos novelescos. Es el creador que se identifica con su obra, que la nutre de sí mismo, que se doblega, convencido, a ella. La sensación que da el novelista es la de haber retornado al género después de un agitado período de entusiasmos, de superación y desprendimientos.

Humberto Salvador ha dado mucho, pero no lo ha dado todo. No se intente descubrir objeción alguna en nuestras aseveraciones. Ellas arraigan en la estimación desinteresada y objetiva de un novelista que consideramos hecho. Así nos lo presenta ese testimonio de una gran capacidad de trabajo pareja a una eficiencia literaria en sazón, que es «La novela interrumpida».

Allí se plantea el comienzo de una nueva etapa, de respiración poderosa y dilatada, de la cual sólo podría esperarse realizaciones substantivas, orgánicas y trascendentes. No existe otra manera de favorecer la secularmente lenta perfección que todos anhelamos, que está en nosotros y más allá de nosotros, en lo remoto, en donde el pasado y el presente desbastan los umbrales del futuro.—ALDO TORRES PÚA.